

EL LENGUAJE Y EL AMBIENTE RURAL
DE LOS AÑOS CUARENTA

Discurso de apertura del curso 1985-86 pronunciado por
el Académico Numerario:

Ilmo. Sr. D. GONZALO PAYO SUBIZA,
el día 6 de octubre de 1985

Dignísimas autoridades,
Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras, señores:

Es costumbre que cada año sea un académico distinto quien pronuncie las palabras de apertura de curso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. En esta ocasión me cabe el deber, y también la satisfacción, de realizar este cometido y hacerlo alrededor de un tema que espero les interese o al menos les distraiga durante unos minutos. Lo que sería muy confortador y diría mucho en favor de su paciencia.

La mayoría de los componentes de esta Real Academia toledana, que para la vida social de nuestra ciudad es a veces tan misteriosa y desconocida como los conventos de clausura, son versados eruditos en las ramas de su especialidad histórica o artística; y sobre ello trabajan y escriben, disertan en sus conferencias o desarrollan los discursos de apertura cuando les llega el obligado turno de intervención. Pero sucede, que alguno de los académicos que nos vemos en este trance —los menos— hemos trabajado en temas y materias tan singulares, tan poco aptas para realizar un arreglo en las claves de la Historia, que necesariamente tenemos que seguir otros derroteros narrativos para no desentonar con el núcleo de lo que es, y debe ser, el contenido esencial de esta Academia.

Decía el conocido astrónomo Carl Sagan que todo hombre debe saber un poco de todo y una cosa bien. En mi modesta aportación a la Academia siempre me veo obligado a elegir entre mis muchos pocos —poesía, pintura, literatura o historia— marginando aquellos temas a los que dedico mi quehacer profesional. Pero no me pesa, antes bien me conforta, porque con ello relleno alguno de los agujeros vacíos del espíritu, que todos los mortales tenemos, en esta asombrosa contemplación de un universo desconocido y gigante, del que a veces inmodestamente tomamos posesión.

tras los tejados. Una tropa de muchachos corría a ver quien lo agarraba el primero. Por supuesto lo hacía el más avisado que, haciendo regates, atajaba al resto. Los torpes cogían pocos cohetes. Así es la vida.

A media mañana del día de la Virgen comenzaba el ofrecimiento presidido por el cura y el hermano mayor. Se ofrecía —a la Patrona, se entiende— avanzando de frente; y se retrocedía, después, reculando. En la bandeja se depositaban desde una perra gorda hasta dos o tres duros —los más ricos— que no eran muchos. Algún sentimental llevaba rosas y los más rumbosos ofrecían un cordero que luego se subastaba en el salón. Cuando la puja subía más de la cuenta se ponía a prueba la devoción de los osados. Limonada, tostones y trigo tostado completaban los pocos extraordinarios de la función.

Al tercer día, los años buenos, había toros que se toreaban en una plaza improvisada con carros empalmados por la lanza y entibados con la moza trasera. Los radios de las ruedas y las varas de la caja servían de parapeto a los espectadores. El espectáculo era divertido y deprimente a la vez. El toro moría, pinchado como un acerico, desangrado y aburrido. Pero antes volteaba, en medio de un terraguero, a algunos de los mozos rezagados que se incorporaban a tientas y corrían a los carros blancos como la pared. Aquellos revolcones servían luego de plática durante varias semanas y aunque alguno acabase con un costurón en la cara o una pierna entablillada, había merecido la pena.

Terminada la fiesta mayor la gente retornaba al trabajo cotidiano, esperando que la pólvora del próximo año fuera mejor y deseando que no faltase salud para disfrutarla.

La vendimia abría el otoño y las seras de tinto aragonés y tinto seco se vertían en el lagar para la pisa. Con las perneras de los pantalones de pana remangadas, los huesudos pies de los pisadores estrujaban los racimos y el mosto corría suavemente desde la canal hasta el pocillo. De allí se trasegaba a mano, con la bomba o a cubos, hasta las tinajas. A los pocos días comenzaba a cocer. La dura tarea de mecer el mosto dos veces diarias culminaba cuando caía el vino y la casca se iba al fondo. Como por milagro divino el azúcar se había convertido en alcohol y aquellas uvas ásperas y ácidas se transformaban en un precioso vino rojo, del color de la sangre, suave y transparente. Hecho con los pies. Con los pies del hombre; esta criatura que con sus manos amasa el pan, siembra la tierra y acaricia a los niños. . .

No quiero concluir este breve repaso del vivir y el hablar de una época sin hacer una breve alusión a un viejo oficio, antiguo como el hombre: la caza. Arte que en aquellos años se practicaba sustancialmente por necesidad y, en algunos casos, como único medio de supervivencia.

La caza menor buscaba su refugio en los chaparrales de las rañas y en los tomillares y espartales de las faldas, que se extendían desde el sopié de la sierra hasta los llanos donde comenzaba la labor. Los conejos encerrados en calanchos o en lo más hondo de sus vivares terrizos o en el estrecho agujero de improvisados codiles, aguantaban sin levantarse el hostigoso tesón del cazador y su perro. Al fin —resultado de la lucha entre el ingenio y el instinto— el conejo acababa hilado con un tallo de gamona o muerto de un tiro certero mientras trataba de alcanzar los bancales del pastizal o el vivar enorme de las lanchas, al sogato de la linde con el monte. Otras veces escapaba haciendo quiebros y regates en las matas de mejorana, dejando al cazador con un redondo taco entre los dientes.

Las perdices, más ariscas que el pelo, se cazaban en ganchos o en mano; y los perros, venteando contra el aire, levantaban las que se aplastaban en las macollas de verceo o en los densos matones de las ajunjeras. Los más hábiles atrapaban las perdices con lazos y perchas, confeccionadas con cerdas de la cola o la crin de los mulos, o las encelaban con el perdigón que con su persistente cuchichí metía las hembras a dos palmos de las piedras del tango en la época de celo. Las avutardas y los sisones oteaban desde las lomas el horizonte limpio de su seguridad, mientras las gangas y las ortegas cruzaban como reactores los cielos amarillos del tórrido verano. Las liebres, quietas en la cama, sin moverse una gota, dejaban astutamente pasar al cazador y al perro para desembrujarse por detrás y ponerse a salvo de cuatro brincos en la espesura de las viñas.

El verde mantón de juncia, junquillo y hierba buena del pastor que rodeaba una fuente somera de agua zarca, era el único signo de humedad en aquel secarral, verdadero paraíso de la caza menor.

Más adentro, falda arriba, en las umbrías del monte, sesteaban los jabalíes y los venados. Los ciervos y los corzos pasaban el día tumbados en los hucalizos del vendal, al resguardo de sorpresas, usando las pedrizas como barrera de protección. El monte es-

peso y áspero, cuajado de chaparros, encinas y alcornoques en sus laderas, se convertía en un muestrario de flora mediterránea en las gargantas y en los valles, donde el agua escurría desde las choperas del portillo y las nacientes de la umbría, hasta el pie del soto. Coscojas y quejigos, acebos y alcornoques, aislados enebros y algún tejo, sobresalían del jaral, del romero y del cantueso e incluso asomaban por encima de los quebradizos brezos y de los jóvenes abollos. El monte tomaba cuerpo y espesura en el robledal y se hacía villano en los pinares nuevos que ya comenzaban a destrozar la flora y el monte bajo en aras de hipotéticas ventajas madereras de poca tradición y menos provecho.

En aquellos parajes, casi a un tiro de piedra de la labranza, y frecuentados sólo por leñeros, piconeros y furtivos profesionales, vivía toda una variada fauna de caza mayor. A veces al atardecer se veían las manadas de ciervas encabezadas por la alta cuerna de un viejo macho pastando en los bajos, o se oían los ladridos de algún corzo asustadizo o el gruñido ronco de la prudente jabalina llamando a los rayones.

Pocos se aventuraban en el monte, lugar peligroso, donde los guardas y los makis intercambiaban su miedo y su tranquilidad. Y los que lo hacían para matar alguna cierva temerosa o algún horquillón inexperto, monteaban al rececho, entrando bien con el aire, hasta embocarse encima, con el sigilo de un lince y la astucia de un lobo.

Estos cazadores vivían rodeados de la aureola de los héroes. Hombres poco habladores, que en las noches de luna pasaban por el camino de la casa, con el borrico del ramal y cargado con las cuerdas de esparto y el podón. Pero todos sabían que debajo de la albarda, entre los lomillos y el ropón, llevaban la escopeta desmontada y envuelta en un saco de arpillera, lista para disparar un buen puñado de postas de doble cero.

Fueron tiempos difíciles de miedo y hambre en las casas, de estrechez y dolor para los mayores y de conformidad y esperanza para los niños. Pero a pesar de todo el campo estaba alegre y el trabajo no era amargo y la risa brotaba fácil. Tiempos de ayer, emparentados con los siglos y unidos a la lucha eterna del hombre y la naturaleza.

Y termino. Hubiera podido hablar también del pujavante, la barcina, el dental y los trebejos, la zafra, la azadilla, la cincha, el ataharre, el horcajo de los montes, la trocha del pasto y el testero

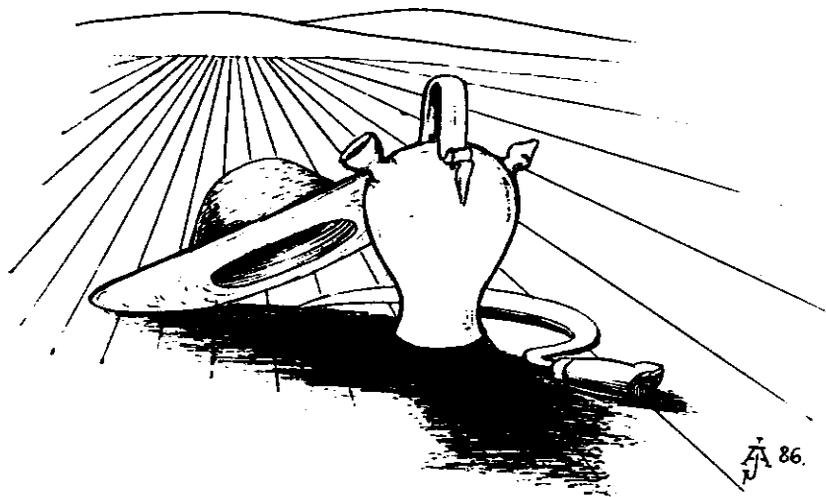
de la solana. Podría haber conjugado los verbos sonsacar, barruntar, regruñir, abreviar, rengurise, zarpear, catar, pechar o uncir. Pero lo dejo aquí.

Haciendo votos porque el rico lenguaje de nuestros abuelos, de los castellanos de la meseta baja, de los habitantes de comarcas de los montes, un lenguaje que usaron Santa Teresa y Cervantes, Machado y Azorín, no desaparezca sepultado por el handicap, el stress, el long play o el pub, y otros cientos de vocablos que nos sirven a domicilio.

A fin de cuentas este lenguaje del que hemos escuchado una breve muestra, no es tan lejano en el tiempo. Yo, como muchos de ustedes, tuve la fortuna de escucharlo en la niñez. Total hace sólo unos pocos años. En el tiempo cósmico, antes de ayer.

GONZALO PAYO SUBIZA

Numerario



De unos de esos pocos, pues, de uno de esos retales de mis aficiones —anárquicas y un tanto viscerales— voy a tratar en estas palabras iniciales del curso académico 1985-86.

Dicen que la niñez nos condiciona casi desde el momento de llegar al mundo. Lo creo firmemente. Yo fui un niño de campo —por circunstancias e historia que no son del caso— pero así fue. Viví una infancia esencialmente rural, integrado como un componente más del paisaje, en los aledaños de los Montes de Toledo, y participé de la vida de los guardas, pastores y gañanes, al tiempo que fui oidor de un léxico jugoso, rico y descriptivo, un lenguaje fuerte, sonoro y enormemente variado: un lenguaje que se pierde.

Hubiera sido interesante recopilar los arcaísmos, giros lingüísticos y localismos que oí y grabé en mi mente con la tinta indeleble de la memoria infantil y la curiosidad que inspiraba aquel mundo duro, adulto y complejo, pero sereno y acogedor. Hay muchos niños, que a lo largo de toda su infancia sólo llegan a conocer a sus vecinos de escalera o a los personajes de la televisión, y con frecuencia escuchan un idioma plano, limitado y monótono. A todos ellos, que no han tenido la oportunidad de crecer en contacto con la tierra, rodeados de viñas, de chaparros y flores amarillas del secano, que no han oído hablar el castellano recio, sentencioso y socarrón de los viejos gañanes, les dedicaría estos recuerdos que hablan de una forma de vivir casi extinguida.

La breve pintura de aquel ambiente quiero hacerla con el mismo lenguaje que era habitual escuchar entonces, usando palabras y expresiones que claramente recuerdo. No va a ser esta, pues, una descripción erudita —investigación que corresponde a los especialistas— sino un simple ejercicio literario tratando de ordenar costumbres y lenguaje en un contexto que aún perdura en los caprichosos rincones de la memoria.

Intencionadamente voy a evitar el uso de deformaciones del lenguaje, frecuentes en el habla rural, circunscribiéndome sólo a palabras que en su mayoría podrían encontrarse en cualquier diccionario de regular tamaño y seleccionado al pie de un millar de vocablos que posteriormente he reordenado por conceptos, temas y categorías gramaticales, mediante el uso de un programa de ordenador. Esto no sólo me ha sido útil, sino que me ha parecido un acto de desagravio para la ciencia, a la que soy adicto irreversiblemente, evitando de este modo que se sienta marginada por mis veleidades lingüísticas.

Por otra parte, es mi impresión que son menos las palabras deformadas en el léxico campesino que las usadas en su forma correcta, que, por ser romance viejo o expresiones infrecuentes del castellano, nos parecen lenguaje rural mal dicho, sin reparar en que el desuso puede hacer aparecer como lenguaje impropio lo que de Cervantes acá ha permanecido vivo en la charla habitual de los labradores, al pie del rollo o de la cruz de piedra del centro de la plaza.

Corrían los años cuarenta con sus dolores y sus tristezas, pero el campo y el paisaje permanecían indiferentes. Los acirates y los bardazos que enmarcaban el labrantío, se atabacaban con los soles de agosto. Los espartales de los lindazos y los recortados cibantos se llenaban de escobas de verceo y macollas de cardos. Algún chaparro aislado, alfombrado de hojarascas, manchaba de verde opaco el amarillo de las navas próximas a la sierra. Los espinos con sus botones de almácigas rojas cobijaban a los solitarios alcaudones y algún mirlo con el pico entreabierto por el bochorno de la siesta. Los vilanos de los pinchos se desprendían suavemente llenando el aire de semillas viajeras. Un árbol viejo, descuajado por las culebrillas del invierno, moría lentamente junto a los acebuches salvajes acarrascados y hostiles. Los robles y las encinas daban a la sierra, aún lejana, un tinte gris que se clareaba en las rañas y blanqueaba en las pedrizas. En lo alto de la cuerda planeaban los buitres.

El único verde franco y transparente de aquella fogata de luz eran las viñas. Los sarmientos cuajados de pámpanas frondosas se abrían en mil manos cuyos dedos se entrelazaban entre los terrones del rubial. Un calvero blanquecino daba testimonio de que no todo era labor y esfuerzo. De poco valían los bueyes en aquellos islotes de gorronas y cal. Ni siquiera los indestructibles rabanillos, ni los abrojos, ni los ceñiglos, ni las verdolagas, ni las mielgas, crecían en esas tierras blancas y baldías que, afortunadamente, eran escasas.

En aquel cuartel del término no había más agua que la de los charcones de las alamedas, llenos de topos y zapateros. El arroyo hacía tiempo que había renunciado a ser río, ni aun siquiera afluente. Sólo era un humilde venero de la sierra que se diluía en el secarral y corría envalentonado en las avenidas de invierno. Algunos álamos desperdigados y unos pocos fresnos halonaban sus orillas, albergando ruidosos avejarucos junto a los resecos pajones

de un nido de urraca.

El campo estaba silencioso. Sin ruidos artificiales. Las cigarras sonaban monótonas e impertinentes y su áspero chirrido se mezclaba con el silbido de los tordos y el grito destemplado de un cernícalo suspendido en el aire. De vez en cuando un lejano rebuzno agujereaba, con su bronco sonido de tuba, el aire espeso de la siesta.

A la parte baja del cerro del Guijo estaba la casa: la labranza; con el corral, la cuadra y el pajar, el portalón del lagar y el pocillo de la pequeña bodega, lleno de tinajas y tinajones de barro. El resto de la casa se distribuía a lo largo de un amplio corredor. La habitación más espaciosa de la vivienda era la cocina grande, con la toza llena de cuencos y pucheros de boca ancha. Las trébedes y los morillos, limpios de tizne, sujetaban junto al rescoldo un haz de sarmientos para la lumbre de la noche. Junto al poyo y la tarima de madera cerraban el corro varios serijos de espadaña, rodeando una mesa tocinera colocada encima de un redor de pleita.

En las labranzas de aquellos años se hacía la misma vida que en tiempos de Leovigildo. Utensilios incluidos. El arado romano de mancera larga y reja aguzada se utilizaba para regalar los trigos y los centenos, recalcar la sementera y trazar los surcos de las huertas. La vertedera de dos brazos constituía el utensilio más moderno de la rudimentaria agricultura. La yunta de mulas o bueyes tiraba de los arados al estímulo de la tralla o de la llamadera, estímulo reforzado a veces por un precioso taco sonoro y rotundo, colocado justo en su sitio; ni antes ni después. El gañán desembozaba de grama las orejeras con los gavilanes y cantaba. Las notas de las gañanadas, indefinidas y largas, rodaban por las laderas con ecos árabes, y se mezclaban al anochecer con los cristianos clamores de la torre que anunciaban a los cuatro vientos un último adiós.

En agosto las eras se llenaban de miés, atada en haces como el trigo y la cebada, o recogida en gavillas redondas, como las algarrobas y los yeros. Al caer la tarde los muchachos de la casa cazaban vencejos con una caña con alambres y se turnaban en el trillo. La carne de los vencejos, las verdes collejas y los espinosos cardillos alegraban, en aquellos tiempos, los solitarios garbanzos del cocido en los meses previos a la matanza. En la huerta el buche pardo tiraba del arte, de mala gana, prisionero entre el balancín y el horcate; el aire olía al ozono de las chispas que levantaban sus herraduras

en los cantos de la noria. El pobre asno, con el hocico tenso por el ronزال, giraba incansablemente, y el agua, elevada por la marona en los canjilones de hierro, escurría hasta la artesa, que desaguaba en la reguera con murmullo adormecedor. Dos grandes cántaros de barro se acoplaban en las angarillas que se habían colocado, recostadas en un terraplen, junto a la cabezada y a la albarda.

Cuando a la puesta del sol finalizaba la jornada se oía el lejano toque de la caracola de las cuadrillas de segadores que regresaban con la hoz y la zoqueta al hombro. Las esquillas de las ovejas y el bronco cencerro de los carneros completaban la música de los polvorientos caminos. Los rebaños volvían lentamente custodiados por blancos mastines, pacíficos y bonachones durante el día, a pesar de la feroz estampa que presentaban con los pinchos de sus carlancas. La zumba de algún buey solitario daba sonido de contrabajo al coro de campanillas.

Con la marea del anochecer se limpiaba en la era la última parva con el bieldo de dientes y el horquillo; retiradas las granzas, el grano cribado y ya limpio se media con la cuartilla y la media fanega. A los chicos tocaba abocar los costales y dejarlos listos para encerrar. Todo un arte para sus pocos años.

Por la noche, después de la cena —patatas guisadas en sartén con laurel y pimentón— el zaguán de la casa se llenaba de gente: los guardas de las viñas cercanas, los habitantes de la casa y algún visitante, de camino al pueblo, que se detenía a refrescar. Y se abría una tertulia que podía durar varias horas, bajo el ténue resplandor del camino de Santiago.

Casi nadie hablaba de la guerra pasada. Era como un dolor oculto. Se hablaba del tiempo, de la caza y del trabajo. Y todo se comentaba con humor. Un humor difícil de describir. Pocas veces se hablaba en lenguaje directo. Toda la conversación era un puro ingenio de hipérboles, metáforas y frases de doble sentido. Era el mismo humor que años después encontré en los personajes del Quijote.

En aquellas largas tertulias los muchachos, arrebuados en el suelo, se rebullían luchando entre el sueño y la curiosidad. De vez en cuando se hurgaban la costra de un permanente desollón en la espinilla y reían por lo bajo los comentarios de los mayores. Algún suceso picante era adornado y aguzado por los contertulios hasta la hilaridad, sin apenas recato por la presencia de la gente menuda. Allí no eran necesarias pedagogías iniciadoras, la vida fluía con naturalidad y frescura.



Alguien arrimaba el candil de aceite o el carburo y el zaguán se iluminaba, no demasiado, pero la luz definía las siluetas. Recostados en la pared, o sentados en los escalones, algunos de los hombres tejían, mientras hablaban, ramales de soguilla; otros liaban con parsimonia un cigarro de picadura, relatando entre dientes por la mala calidad del tabaco. Las mujeres, hartas de bregar, asomaban de vez en cuando desde el interior limpiándose las manos con el mandil y enseguida se hacían eco, sin excesivos remilgos, de las bromas de aquella alegre corrobala de hombres de campo. Se acercaba la hora de echar el último pienso al ganado y recogerse para dormir.

Se despedían con un escueto "a descansar".

Y la noche se cerraba. Y todos se dormían hasta el amanecer arrullados por el monótono soniquete del alacran cebollero, que tenía de contrapunto el rítmico cavar-cavar de la zumaya o el ladrido a la soledad de un perro lejano.

Hagamos un paréntesis hasta el amanecer.

¿Cómo eran psicológicamente aquellos arquetipos de la vida rural? ¿Qué pensaban? ¿Cómo sentían? No lo sé bien, porque penetré más en la música de sus vidas que en la letra. Pero deduzco que tenían muy bien establecido el orden de prioridades en la aventura cotidiana de vivir y sobrevivir.

El diario trajín de la casa, el continuo pelear con los animales, y el considerable desgaste físico que requerían las labores del campo, dejaban poco tiempo para el desasosiego y el despecho. La conciencia de que el trabajo conducía directamente a la cobertura de las primeras necesidades, daba al esfuerzo un tinte alegre y remunerador. No quedaba tiempo para el dañino ejercicio de la envidia o el mal talante bobo y estéril.

Si alguien barruntaba algún remolon que dejaba pasar las horas enhuerando en vez de aplicarse a las faenas, no valían explicaciones ni descortes. Si era chico se llevaba un buen pescozón que no evitaba con arrumacos; y si era grande había de despabilar pronto o se echaba fama de gandul o blando de collera, baldón que podría perseguirle hasta el camposanto.

Pero sospecho que no todo era humor y trabajo en aquellas sociedades rurales. Y no he de hablar de los viejos rencores entre familias, que en algunos casos avivó la guerra, ni de otras ruindades que el antropoide humano lleva a costillas desde que tomó —como decía Reclús— la suprema decisión de erguirse. Pero sí di-

ré que no afinaba mucho en ecología, respeto al paisaje o protección a los bienes comunes, a menos que ello redundase en provecho propio. Por ejemplo, todas las aves eran abatibles, salvo tal vez la cigüeña, por respeto a que anidaba junto al campanario de la iglesia. En el campo, si se terciaba, hacían leña de hermosos árboles casi centenarios, y no por estricta necesidad sino por considerarlos enemigos acérrimos de la tierra de labor. Se tenía, no obstante, un sentido práctico de la estética: chozos de juncos y majadas de bardisco bien hechos, fachadas enjalbegadas y limpias, paredes de cantos cuidadosamente apilados. En general la estética del trabajo bien hecho. Entre paréntesis, hoy ni eso va quedando en el medio rural, soterrados sus pueblos bajo una pella informe de uralitas y ladrillo visto. Pero —como decía— el bien común con frecuencia les importaba un bledo. Y metían los arados en los caminos que se llenaban de piedras que nadie apartaba. Las suertes se comían las cañadas reduciéndolas a sendas de unas pocas varas, en tanto que las aguas se contaminaban lentamente con una cierta despreocupación generalizada. Aquellos aires se mantienen hoy a pesar del mayor nivel cultural; porque no acaban de cuajar en estos pagos algunas buenas costumbres cívicas.

Pero tornemos al amanecer y, trastocando el tiempo, cambiemos el temprano y luminoso amanecer del verano por el alba serena y fría del mes de Diciembre. La claridad del día se va reflejando en las nubes, que encapotan la madrugada. El cielo está aborregado y una fina marea gime en los aleros de la casa. Chirría el portón del corral y el gañán vierte una espuerta de paja en el fogón. Crepita la encendaja; las caballerías se rebullen y cocean en la cuadra. Suena la garrucha del pozo y una mujer descuelga la sartén para las migas que arrima a las ascuas. Alguien recorre unas banquetas y acerca una mesa baja. Saltan los torreznos en el aceite caliente que huele a alpechin y se vierte en él las migas húmedas, cortadas la noche anterior, que se rehogan lentamente.

Se sientan a almorzar.

El almuerzo era la comida fuerte de las mañanas de invierno. Migas o gachas aderezadas con ajo y chicharrones. A mediodía garbanzos y por la noche patatas guisadas o alubias. Los días señalados podía cenarse conejo en salsa con almendras, cazado bicheando algún codil en la temporada de la chilla.

El bullir de la casa y el trajín de las faenas agrícolas generaba ocupación suficiente para todos. Los días de lluvia no se salía al

campo. El agua escurría por las boquillas del tejado haciendo regueros en los terraplenes próximos a la casa. Algún niño chapoteaba fuera y los hombres, al orito de la lumbre de sarmientos, tejían ramales con esparto cocido en la alberca o simplemente miraban por la ventaba mientras oreaban las abarcas adelantando alternativamente los pies hacia el fuego. La boina negra y pequeña se acoplaba sobre la oreja sustituyendo al sombrero ancho de paja de la época estival. La chaqueta de pana negra o marrón, ocultaba parte de la faja blanca de lana que servía de abrigo al vientre y de bolsillo para guardar la petaca y el mechero de pedernal. Las mujeres con falda de paño y una toquilla por los hombros nunca estaban inactivas. Era su forma de combatir el frío. Por la noche hilvaban unos remiendos de pana o zurcían alguna camisa de dril empujando con el dedal plateado, la fina aguja de acero.

La tarea más dura del invierno era la recolección de la aceituna. Los hombres vareaban desde fuera, con ayuda de algún mozalbete, el mochuelo, que lo hacía subido en el interior de la oliva. Las mujeres, con hato largo, recogían las aceitunas del suelo una a una, llenando en un periquete la esportilla que luego vertían en las seras de esparto. El relente atería las manos de las cogenderas que distraían el rudo trabajo con bromas y dichos, en una verdadera pugna de ingeniosidades, picantes las más de las veces. Estaba mal visto recoger de rodillas o sentadas en el suelo y por ello lo hacían en cuclillas o agachadas, doblando esforzadamente el espinazo. Un verdadero tormento para los nuevos.

El acontecimiento más alegre del duro invierno era la matanza. Y el más salvaje. El matachín clavaba el gancho de hierro en el hocico del cerdo y lo arrastraban con la ayuda de cuatro o cinco hombres hasta una mesa. Allí tenía lugar el feroz sacrificio, no sin dura lucha. Muerto y sangrado, su piel era afeitada de cerdas con las candilejas y suavizada con el corte de una teja y agua caliente. En pocas horas era destrozado y distribuido. Los perniles adobados con sal y pimentón se colocaban, con una piedra encima, sobre el entarimado de la cámara; y los chorizos se embutían a mano, con el pulgar, en tripas lavadas y en el morcón. Luego se pinchaban para evitar las burbujas de aire con un alfiler negro de cabeza gorda. Todo un rito. Se bebía vino tinto, aspero y seco, y ese día se comía salmorejo condimentado con los bofes y las asaduras. Se guardaba el somarro y las costillas se adobaban para conservarlas en manteca dentro de orzas de barro tapadas con un papel de

estraza que se sujetaba con un bramante de lino.

La dieta de cerdo, o el hambre, nunca se supo bien, envejecía prematuramente a los labradores de aquellos años. El que tenía suerte se acartonaba y podía llegar, como mucho, a los setenta. Eran los menos. Encorvados sobre su garrota, como la tercera piedad del mitológico acertijo de la esfinge, se sentaban en los cantos de la plaza a tomar el sol o se daban una corta vuelta por la solana de las afueras del pueblo, al resguardo de la marea. Las enfermedades se trataban a golpe de cataplasma de harina de linaza o con aceite de hígado de bacalao; remedio funesto, este último, si se trataba de un cólico cerrado. El ceregumil era mano de santo y hacía milagros en la convalecencia. Algunos hasta se curaban. Otros no. Los más renqueaban malamente con las fiebres tercianas o la ciática; y los niños se enterraban en una caja blanca cubierta de flores.

Los domingos la gente de los chozos se acicalaba y bajaba al pueblo. Los habitantes de las labranzas iban a misa cuando, a las doce, caía la sombra de la torre que tenía sus fachadas orientadas con los puntos cardinales. El tercer toque coincidía con la salida del cura hacia el altar. El viejo sacristán tocaba el armonium y cantaba con voz destemplada en algo parecido al latín mientras vigilaba a los monaguillos, más pendientes de los mochías de la torre que de las vinajeras. Las mujeres delante —las más pudientes en sus reclinatorios— y los hombres detrás, seguían la misa con actitud indiferente pero respetuosa. Y luego, por la tarde, la partida: al trunque o al tresillo. Y el lunes de nuevo al corte.

Los pocos ahorros del año se gastaban para la función. Eran tres días completos de rifas, cohetes y vino. La pólvora abría la fiesta y la banda uniformada iba en busca del hermano mayor tocando "Bajo la doble aguilá". Los chicos corrían delante de los músicos y la justicia marchaba detrás, hecha el cargo en su papel. A la vuelta, ya en la plaza, se iniciaba el baile con un pasodoble que bailaban todos, chicos y grandes; con frecuencia las mujeres formaban pareja entre ellas. Los hombres maduros miraban a prudente distancia. Algún anciano de buen humor sacaba a otra moza rancia de su edad, para regocijo de todos, incluidos los protagonistas, que reían divertidos envueltos en la nube de polvo que levantaban sus pies. Cuando tocaban el fox sólo salían a bailar los jóvenes, que después se lucían con airosas revueltas al compás del compasillo.

Los cohetes explotaban en la noche y el palo caía, apagado,